

Dos obras, dos sueños, dos caminos que se encuentran

Alfredo Gómez Cerdá

Escritor

En este artículo se relata el encuentro entre las inquietudes de un maestro convertidas en museo y la fructífera obra de un ilustrador. Juan Peralta, maestro que funda, nutre y hace crecer el Museo del Niño de Castilla-La Mancha, se encuentra con el ilustrador Teo Puebla y le ofrece la solución a sus cajones y carpetas repletas de originales: una sala en el museo para una obra de cuento. Gómez Cerdá, autor de Literatura Infantil y Juvenil, nos lo cuenta.

El trabajo, sobre todo cuando este se convierte en la expresión de lo que sentimos, de lo que pensamos y de lo que creemos, es decir, de nuestra propia esencia vital, genera a lo largo de los años una obra, a veces tangible y a veces no. En cualquier caso, será la obra de toda una vida. Dicha obra puede tener muchas facetas y significados y en algunos casos, además, será una obra de arte.

Aula años 30



Como escritor, sobre todo de LIJ, me he cruzado a lo largo de mi vida con muchos ilustradores y eso me ha hecho comprender enseguida que el trabajo de ilustrar un libro puede ser –debería serlo siempre– un arte. Bastaría con echar un vistazo a las ilustraciones de las últimas décadas para corroborarlo. En ellas están representados todos los estilos, todas las técnicas, todas las escuelas, todas las metodologías y hasta todas las modas. El trabajo del ilustrador es arduo y, al mismo tiempo, prolífico. Una obra no es una obra en sí, sino un conjunto de obras que conforman un libro; obras independientes y, al mismo tiempo, ligadas y ordenadas para conseguir un todo. Por eso, cuando los ilustradores se hacen mayores, han acumulado una ingente y asombrosa montaña de originales.

Por otro lado, también he tenido la fortuna de cruzarme con maestros que sentían hasta los tuétanos su vocación de maestro, de docente, de pedagogo, y que siempre pusieron al niño, su formación, en el centro de todos sus desvelos. Conocer a verdaderos maestros –casi siempre maestras– es una de las experiencias más emocionantes que se pueden vivir. Pero cuando los maestros se hacen mayores y se jubilan ¿dónde queda





Juan Peralta y
Teo Puebla

su obra extraordinaria? Quedará para siempre impregnada en las mujeres y los hombres que fueron sus alumnos. Quizá esa obra no se pueda medir ni cuantificar, lo que no quiere decir que sea invisible; tendrían que dar testimonio de ella los que conserven vivo el recuerdo del maestro que los enseñó a caminar solos, a poner nombre a las cosas, a pensar por sí mismos, a apreciar lo bello, a respetar a los demás, a imaginar...

Hecha esta reflexión, es mi propósito hablar de dos artistas: un ilustrador y un maestro, de sus obras –ambas tangibles y evidentes–, de sus historias, de sus caminos en apariencia divergentes, de sus ilusiones, de su lucha y de qué manera, cuando ambos se han hecho mayores, se han encontrado gozosamente.

Juan Peralta, el maestro

Juan Peralta (1946) es el maestro desde 1968. Ya en su primer destino en Tiriez (Albacete) se plantea la necesidad de abrir la escuela al entorno, para así integrarla en su realidad sociocultural. Consigue que la comunidad educativa y todo el pueblo se impliquen en el proyecto y que los propios vecinos –agricultores, mecánicos, artesanos, amas de casa, etc.– compartan su sabiduría y su experiencia a través de diferentes talleres. También, por supuesto, echará mano del médico rural, del farmacéutico, de técnicos de agricultura, de titiriteros ambulantes... Fruto de este trabajo, que durará años, es la creación en 1984 del Museo Etnográfico de Tiriez, considerado aún el mejor de la región. Todo el proyecto fue premiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. No hace falta decir que en el centro de todo aquello, el principal benefactor era el niño.

Y el nacimiento del Museo del Niño

En 1986, Juan se traslada a un colegio de la capital. Llevaba un tiempo revisando publicaciones sobre la Institución Libre de Enseñanza y el Museo Pedagógico Nacional (creado en 1882 y cerrado en 1941), y eso, sumado a su propia inquietud, le hizo sentir la necesidad de un museo que reuniese todos los ámbitos de la infancia, desde el nacimiento hasta la pubertad: familia, escuela, juegos y juguetes, problemática infantil, etc. Tras un periodo de investigación crea el *Centro de Documentación Histórica de la Escuela y Museo del Niño*, que fue el nombre con el que podemos decir que surgió en 1987 el embrión de lo que en la actualidad es el Museo del Niño de Castilla-La Mancha.

A partir de ese momento, incansable y tenaz, por sus propios medios, Juan visita escuelas, institutos, otros centros educativos, ayuntamientos... en busca de todo tipo de materiales. Su coche ranchera de la época era el único modo de transportarlos, aunque en ocasiones no pudiese ni cerrar las ventanillas, por las que asomaba la pata de un pupitre o la esquina de una vieja pizarra. Rastrea estos objetos por toda La Mancha y el resto del país, incluso por el extranjero.

Como consecuencia, el museo crece y empieza a ser conocido, lo que propicia algo muy importante: las donaciones, que aumentan considerablemente sus fondos. Todo se va inventariando minuciosamente en una base de datos. Los objetos de exposición se han organizado en diferentes secciones, ocupando doce salas: I. La Restauración Borbónica; II. De la Segunda República al Franquismo; III. Institutos Históricos; IV. Una obra de cuento; V. Infancias robadas; VI. El rey de la casa (ajuar infantil); VII. Antón Pirulero (juegos infantiles); VIII. La noche de Reyes (juguetes); IX. Héroes de papel (el cómic infantil); X. Títeres y marionetas; XI. La imprenta en la escuela; XII. La magia de la luz (linternas mágicas). Además, hay dos galerías: I. Historia de la Educación y II. Dibujos y pinturas hechos por los niños.

Desde su nacimiento era esencial encontrar un espacio adecuado para el museo, pues su primera ubicación en los sótanos del colegio Benjamín Palencia, de Albacete, expuesta a inundaciones y muy poco visible, no era la idónea. Juan luchó con denuedo por conseguirlo y, por fin, en el año 2015 la Consejería de Educación de Castilla-La Mancha (Juan firmó un acuerdo de cesión con la misma) ofreció las instalaciones de un antiguo colegio, que es el lugar donde se encuentra y se puede visitar en la actualidad, ocupando tres mil metros cuadrados. A las salas de exposición permanente hay que sumar el Centro de Documentación, con miles de libros, documentos, láminas y material audiovisual.

Recientemente, se ha reconocido al museo como institución regional con el nombre de MUSEO DEL NIÑO DE CASTILLA-LA MANCHA "JUAN PERALTA". La figura de este maestro singular quedará



unida para siempre al museo, *su museo*, una realidad valorada por instituciones académicas de universidades de España e Iberoamérica. Por su página web acceden a diario a su contenido personas de todo el mundo: www.museodelnino.es.

Teo Puebla, el ilustrador

Teo Puebla (1943) es el ilustrador, el pintor. Ahogado por un futuro sin alicientes, abandonó su pueblo situado a orillas del Tajo a los 18 años para echar a volar, sin saber siquiera en qué nido podría encontrar refugio. Dotado magistralmente para el dibujo y la pintura, pronto encontró su camino entre los colores de una paleta, los pinceles y las tintas. Autodidacta absoluto, comenzó a colaborar con editoriales en la década de los sesenta y, desde el principio, ha compaginado su trabajo de ilustrador con el de pintor. En 1982 le fue concedido el Premio Nacional de Ilustración.

Cuando le preguntamos a Teo por los libros que ha ilustrado, frunce el ceño y niega con una sonrisa. Ni él mismo lo sabe y tampoco tiene ganas de ponerse a contarlos. ¿Y cuántos originales fueron necesarios? ¿Cuántos dibujos a lápiz, a tinta, con difumino y carboncillo? ¿Cuántas acuarelas? ¿Cuántas obras al guache? ¿Cuántas al pastel? ¿En cuántas hay una combinación de técnicas?

No fueron cientos, sino miles de originales los que salieron de sus manos y de su mente. Cientos, o miles de personajes, reales o imaginarios, y cientos, o miles de paisajes. Días soleados, calurosos incluso, lluvia, chaparrón, hasta tormenta, un barco en alta mar a merced de las olas, bosques umbríos y solitarios, el viento, praderas llenas de bisontes y de indios, montañas envueltas en la luz del atardecer, un águila a punto de posarse sobre una roca, un hada diminuta y brillante, agobio bajo tierra, cavernas, un animal que reptaba, nubes, ciudades del pasado o del futuro y personas de todas las épocas... ¿Para qué seguir? Han sido más de cincuenta años de trabajo ininterrumpido.

Y las ilustraciones

“¿Y qué va a ser de todo esto?”, le he preguntado a veces en su estudio, rodeado de muebles llenos de cajoneras abarrotadas. “Unos pocos originales los he vendido, alguno anda por ahí, de exposición en exposición, y tengo que reconocer que he perdido unos cuantos, porque no los encuentro por ninguna parte. Mis hijas se quedarán unos pocos, aunque ellas ya están bien surtidas. ¡Que los vendan, si alguien los quiere comprar! Y el resto...” Y se encoge de hombros.

He hablado de esto mismo con otros ilustradores y al llegar a este punto todos muestran cierta inquietud y desconcierto. ¿Qué pasará con mi obra cuando yo no esté? Es la pregunta que se hacen.



Juan Peralta y Teo Puebla en la entrada al museo

El genial loco y visionario Arturo González, al que nos arrebató recientemente el devastador Covid, tenía en mente la creación de una ilustroteca. ¡Ilustroteca! ¿Se imaginan? Un lugar donde los ilustradores pudieran depositar su obra y donde los investigadores, o simples curiosos, pudieran estudiarla o simplemente visionarla y gozarla. También los jóvenes podrían ir allí para aprender, para mejorar, para superarse. Como de costumbre, Arturo lanzó la idea, pero nadie parece haberla recogido. Una vez que el libro se ha editado, los ilustradores intentan más que nunca poner a la venta sus originales y es fácil ver en sus páginas web un apartado dedicado a ello, también montan exposiciones, aunque sea en locales modestos, con la misma finalidad. La idea principal es aliviar sus cajoneras, evitar líos a sus descendientes y, de paso, sacar un dinerillo, que la profesión cada vez está más complicada. Además, resulta gratificante saber que su obra anda repartida por muchos lugares, seguramente enmarcada y colgada de una pared, donde otras personas la gozarán a diario.

Con las nuevas tecnologías y el uso del ordenador podemos afirmar que ahora los originales son un simple archivo, lo que significa que, dentro de unos años, cuando los ilustradores del momento se hagan mayores, podrán guardar toda su obra en un *pendrive*. Pero esa será otra historia.

El encuentro

El destino ha querido que el maestro Juan Peralta y el ilustrador Teo Puebla un buen día se encontrasen. Por la cabeza de Juan rondaba una idea: al Museo del Niño, ya consolidado, le faltaba algo, no un simple





Il. Teo Puebla



detalle, sino algo más importante: una muestra de la literatura infantil actual, y qué mejor manera de visibilizarla en un museo que a través de la ilustración. Hablaron el maestro y el ilustrador. Desconozco la conversación, pero el maestro ofreció una sala, *Una obra de cuento*, y el ilustrador donó parte de sus ilustraciones para llenarla.

Creo que ha sido una suerte para ambos. Teo ha encontrado un lugar para sus originales, que además no están en carpetas o dentro de cajones, sino enmarcados y a la vista, con la referencia al libro a que corresponden. Y Juan ha redondeado aún más su obra, ese sueño levantado con su tesón, su trabajo y, ¿por qué no decirlo?, hasta con su dinero. Con la nueva sala, el Museo del Niño de Castilla-La Mancha "Juan Peralta", en Albacete, da un nuevo paso hacia delante. Desde luego, recomendamos a todo el que pase por la ciudad que no se lo pierda. Se sorprenderá gratamente.

